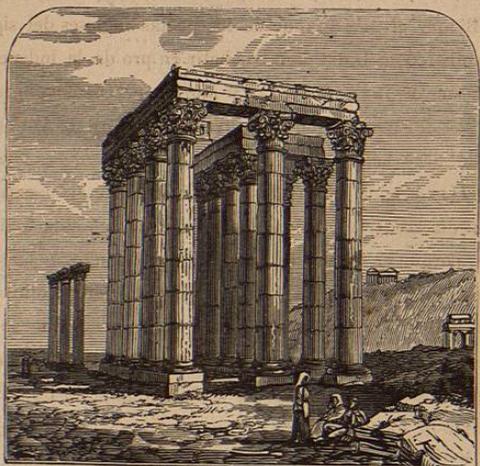


NOTAS.



## NOTAS.

1.<sup>a</sup>

Lord Byron, el más grande de los poetas ingleses del siglo presente, se embarcó en Italia para combatir en pro de la independencia griega, el mes de Junio de 1823, y murió en Missolonghi, á los 38 años, víctima de aguda y dolorosa enfermedad, el 18 de Abril de 1824, exclamando al exhalar su último suspiro:—*Ahora es preciso que duerma.*—He escogido para el desenvolvimiento de mi poema el período que média desde su partida de Italia hasta su arribo á las costas de Grecia, porque no es mucho suponer que durante las largas horas de viaje asaltaran más de una vez su espíritu los melancólicos recuerdos de su borrascosa vida, y los nobles sentimientos que habia despedido en él la heroica resistencia del pueblo heleno, abandonado por el egoismo de Europa, desde la caída del imperio bizantino, á la brutal tiranía de los turcos.

2.<sup>a</sup>

Es posible que la dureza con que califico la sangrienta reaccion teocrática que pesó sobre Europa á la caída definitiva del primer imperio napoleónico, atraiga sobre mí las agrias y descompuestas censuras de los que á la sombra de la religion buscan sólo el logro de sus ambiciones terrenas. No me importa, porque estoy hace tiempo acostumbrado á sus diatribas. Sin menoscabo de la fe ni oposicion al dogma, ha juzgado ya severamente la historia aquella terrible y pavo-

rosa época en que los monarcas más poderosos de la tierra formaban con místico fervor la *Santa Alianza*, para arrancar á los pueblos sus libertades, y en que el conde José de Maistre, en nombre de un Dios de paz y de clemencia, proponía que se elevara al verdugo á la categoría de sacerdote. ¿Por qué la poesía, que tantas veces ha manchado sus alas en el fango de la adulación, no ha de ser también, como la historia, azote de los opresores y vengadora de los oprimidos?

3.<sup>a</sup>

Mucho se ha escrito y se escribe todavía acerca de los disturbios domésticos que amargaron la vida de Byron, sin que hasta ahora haya formado la opinión su juicio definitivo é inapelable sobre este asunto, ni se conozcan con certeza las causas que contribuyeron al ruidoso rompimiento de Lady Byron con su marido, en cuyo suceso puede decirse que se interesó toda Inglaterra. El ilustre poeta contrajo matrimonio el 2 de Enero de 1815 con Lady Milbanke, rica heredera de notable hermosura, pero de carácter frío, contenido y austero, que contrastaba singularmente con el suyo. El 10 de Diciembre del mismo año su esposa dió á luz una niña, y el 15 de Enero de 1816, cuando parecía natural que se hubiese estrechado y fortalecido el vínculo que los unía, con los primeros goces de la paternidad, Lady Byron expuso á su marido en una carta llena de hipócrita ternura su firme resolución de no volver á verle más. «Las causas de nuestra separación—decía Byron á su amigo Moore—son demasiado sencillas para que se encuentren con facilidad,» y en efecto; entre un poeta joven, ardiente é inquieto, y una mujer fría, severa y metódica, la simpatía, si alguna vez existió, no podía durar mucho tiempo, ni necesitaba para romperse de motivos extraordinarios.

Byron consintió en la separación; pero poco después publicó dos poesías que le atrajeron el enojo de la sociedad inglesa, predispuesta desde un principio á favor de su esposa. Fueron estas poesías una sátira acerba y violentísima contra el aya de Lady Byron, á quien suponía autora de sus desgracias domésticas, y el famoso *Adios* á su mujer, donde se confiesa, quizás en un arranque de orgullo ó de despecho, reo de faltas que nunca había cometido y de las cuales le absuelve cumplidamente la historia.

La impopularidad de Byron llegó á su colmo con la publicación de estos versos. «Los periódicos—dice uno de sus biógrafos—le atacaron sin piedad, multiplicáronse las caricaturas contra él, cerráronse las puertas de todas las sociedades, y se consideró como acto de valor, ó más bien de despreocupación censurable, el de recibirle en casa. El partido aristocrático, al cual pertenecía por su origen, pero de cuyas filas se había separado por sus opiniones políticas, los hipócritas en materias de religión á quienes había ofendido con la libertad de sus juicios y de sus costumbres, y las mujeres que creían tener quejas de él, entre otras Carolina Lamb, distinguida dama que se enamoró locamente del poeta con ese amor desesperado que mata, pero del cual también se muere, se unieron para presentarle como un monstruo, y las calificaciones de vampiro, de turco bárbaro y asesino, apenas pueden dar idea de lo que era Byron en aquella época para Inglaterra, ni del odio desdeñoso con que le miraban todas las clases desde las más elevadas hasta las más populares y humildes.»

Desterrado moralmente por la opinión pública, cuya excesiva severidad no se comprende, ni aún en una sociedad tan meticulosa como la británica, sino como consecuencia de un conjunto de circunstancias especiales hábilmente aprovechadas por el rencor y la envidia,

Byron abandonó por segunda vez el 25 de Abril de 1816 el suelo de Inglaterra, á donde sólo debían volver sus restos mortales.

4.<sup>a</sup>

El recuerdo de su hija Ada, á quien habia dejado en la cuna, atormentaba constantemente á Byron, y en muchas de las obras que escribió fuera de Inglaterra durante su voluntario destierro, el cual sólo debia terminar con la muerte, consagra sentidas y patéticas estrofas á la que el gran poeta llama *única hija de su casa y de su corazón*.

*¡Ada! sole daughter of my house and heart.*

Ada fué educada en el olvido más profundo hácia su padre infortunado, como lo revela el hecho de haber prohibido terminantemente la sugra del ilustre autor de *Childe Harold*, en una de sus últimas voluntades testamentarias, que se enseñara en ningun tiempo á su nieta el retrato de lord Byron.

5.<sup>a</sup>

Byron tuvo en más de una ocasion, durante su breve permanencia en Grecia, donde á costa de grandes contrariedades prestó eminentes servicios á la generosa causa que habia abrazado, el triste presentimiento de su próximo fin. Cuatro meses ántes de morir, el 27 de Diciembre de 1823, escribia desde Cefalonia á su íntimo amigo el célebre poeta irlandés, Tomas Moore, lo siguiente: «Si la calentura, el cansancio, el hambre ó cualquiera otra dolencia alcanzase en medio de su carrera á vuestro hermano en poesía, como sucedió á Garcilaso de la Vega, á Kleist y Koerner, acordaos de mí *en medio de las risas y del vino.*»

032010

6.<sup>a</sup>

Pocos pueblos, ni en la antigüedad, ni en los tiempos modernos, han ofrecido á la historia ejemplos tan admirables de heroismo como los que presentan los montañeses de Sulí, reducida colonia de griegos, que huyendo de la esclavitud de los turcos, que pesaba sobre la llanura, se había refugiado en un escabroso rincon del Epiro, fundando sus lugares como nidos de águilas, sobre riscos estériles é inaccesibles. Constituyóse en un principio esta colonia, que un escritor distinguido llama la verdadera Lacedemonia de la Grecia bárbara, con cuatro aldeas casi ocultas entre ásperos breñales; despues se aumentó hasta siete, y ántes de un siglo llegó á extenderse por las sierras vecinas, comprendiendo una poblacion de algunos miles de familias dedicadas al pastoreo durante los breves é inseguros períodos de paz, y en tiempo de guerra, hombres y mujeres, á las empresas más inverosímiles, por lo arrojadas, que puede acometer el valor humano.

La historia de la lucha que sostuvieron los suliotas contra los bajas de Epiro, y principalmente contra Alí, gobernador, ó más bien verdugo de Grecia, es una verdadera epopeya. Alternativamente vencedores ó vencidos, pero siempre indomables, obligaron en más de una ocasion á sus opresores á demander la paz y hasta á aceptarla en condiciones humillantes y vergonzosas. Pero el combate era desigual, y al fin sucumbieron bajo el peso del número, despues de haber defendido sus montañas, en medio de las más crueles privaciones, cumbre por cumbre y peñasco por peñasco. El sanguinario Alí, deseoso de vengar los descabros que en distintas épocas habia sufrido, ofreció en la última extremidad á los restos de la poblacion suliota, ya vencida, una capitulacion honrosa, á cuyas estipulaciones faltó indigna-

010386

mente cuando se sometieron, exterminándolos con fría ferocidad sin respetar á niños, mujeres ni ancianos.

7.<sup>a</sup>

Hé aquí en qué términos refiere M. Villemain en sus *Estudios de Historia moderna* el trágico episodio de las mujeres suliotas, que ha immortalizado el pincel de Ary Sheffer:

«Apénas los suliotas fugitivos, seguidos de niños, mujeres, ancianos y enfermos, ocuparon las alturas de Zalongos, cuando vieron aparecer en són de guerra cuatro mil turcos provistos de numerosa artillería. El combate empezó con furor; pero los suliotas que contaban con escasas municiones, las agotaron en el primer encuentro. Al siguiente día los turcos volvieron á emprender la lucha contra sus enemigos, casi indefensos, y entónces, sobre una roca escarpada, al pié de la cual, y por entre puntiagudas peñas, se abría paso un torrente, reuniéronse hasta sesenta mujeres con sus hijos en los brazos, observando desde allí el término de aquella horrible carnicería. Cuando se convencieron de que todo estaba perdido, cada una de ellas, presa de la más honda desesperacion, arrojó su hijo al abismo, y despues, agarrándose todas de las manos y formando círculo, empezaron á bailar al borde del despeñadero. A cada vuelta de esta ronda fúnebre desprendíase una mujer, que rodaba por el precipicio; pero la cadena se reanudaba en seguida para romperse de nuevo y dejar caer una víctima más en el abismo, donde perecieron todas.»

mente cuando se sometieron, exterminándolos con fría ferocidad sin respetar á niños, mujeres ni ancianos.

Hé aquí en qué términos refiere M. Villemain en sus *Estudios de Historia moderna* el trágico episodio de las mujeres suliotas, que ha immortalizado el pincel de Ary Sheffer:

«Apénas los suliotas fugitivos, seguidos de niños, mujeres, ancianos y enfermos, ocuparon las alturas de Zalongos, cuando vieron aparecer en són de guerra cuatro mil turcos provistos de numerosa artillería. El combate empezó con furor; pero los suliotas que contaban con escasas municiones, las agotaron en el primer encuentro. Al siguiente día los turcos volvieron á emprender la lucha contra sus enemigos, casi indefensos, y entónces, sobre una roca escarpada, al pié de la cual, y por entre puntiagudas peñas, se abría paso un torrente, reuniéronse hasta sesenta mujeres con sus hijos en los brazos, observando desde allí el término de aquella horrible carnicería. Cuando se convencieron de que todo estaba perdido, cada una de ellas, presa de la más honda desesperacion, arrojó su hijo al abismo, y despues, agarrándose todas de las manos y formando círculo, empezaron á bailar al borde del despeñadero. A cada vuelta de esta ronda fúnebre desprendíase una mujer, que rodaba por el precipicio; pero la cadena se reanudaba en seguida para romperse de nuevo y dejar caer una víctima más en el abismo, donde perecieron todas.»



PQ  
U4  
C.

010